

LAS POTENCIAS DEL ARCHIVO

por Juan José Mendoza (SECRET-CONICET)

juanse.mendoza@gmail.com

Resumen

¿Qué cosas conforman el interior de un archivo? ¿Cuál es su afuera? A partir de la distinción derrideana entre “lo archivable” y “lo archivante”, o a partir de la distinción deleuzeana entre el “adentro” y el “afuera”, se puede comenzar a pensar en algunas de las fuerzas constituyentes del archivo. Al mismo tiempo las posibilidades de una “historia de los regímenes de lo archivable” funcionan en la reflexión del presente trabajo como organizadores de una inquietud que también toma a lo que queda afuera del archivo como una fuerza constitutiva de la potencia archivística.

Palabras claves: Archivos, Afuera, Potencia

LAS POTENCIAS DEL ARCHIVO

Los archivos como género. Una reflexión

Juan José Mendoza (SECRET-CONICET)

¿Qué cosas conforman el interior de un archivo? ¿Cuál es su afuera? Derrida distingue entre “lo archivable” y “lo archivante”, eso es, entre aquello que puede llegar a ser archivable y aquella fuerza que, antes que propender a la clasificación, está movida por una profunda compulsión acumulativa. ¿Dónde está el archivo? podemos preguntar entonces. Acaso el archivo esté en los desagregados, en la clasificación y en la desclasificación, en los intersticios incluso que toda clasificación funda. Recorrer el archivo es poner en escena una forma de leer. Tener un archivo - una biblioteca- es tener una lectura. Un problema aquí -o una virtud-, es que el presente pone en escena muchas maneras de leer diferentes. ¿El presente pone en escena muchas maneras diferentes de archivar?

Gilles Deleuze distingue entre el “adentro” y el “afuera”. ¿Cuál es el adentro y cuál es el afuera de un Archivo? Se pueden examinar las fuerzas instituyentes del archivo, los diferentes modos en que la *desidia archivística*, la falta de una *conciencia documental* o diferentes *proyectos literarios de la fuga* han interactuado conflictivamente en la historia de esa institución siempre incompleta a la que llamamos Archivo, ya sea para afirmarlo, ya sea para resistirse a la “archivalía” (“la puesta en valor”) y las fuerzas de la captura que lo animan. Al mismo tiempo, “archivos del afuera”, “afueras del archivo”, también nombra esa incompletud, ese carácter *interpérico* que está en la naturaleza de todo archivo, en contraste con el afán pan-archivista de las tecnologías del presente. “Archivos invisibles”, “las potencias del archivo” o las posibilidades de una “historia de los regímenes de lo archivable” parecerían funcionar en el presente como organizadores de una inquietud que también toma a lo que queda afuera del archivo como una fuerza constitutiva de la potencia archivística. ¿Lo que está fuera del archivo es lo que reclama ser archivado? Al mismo tiempo también emerge en la historia de la tradición de un archivo argentino, la potencia archivística de proyectos de la repelencia o de la fuga, emplazada en escrituras repelentes a la captura (escrituras como la de Esteban Echeverría, Macedonio

Fernández, Osvaldo Lamborghini, Roberto Arlt). Asimismo, instancias como las de los diarios personales o las cartas privadas también hablan de esa dimensión íntima que las potencias del archivo vendrían a violentar.

Mal de archivo, Archivos del mal -escribe Derrida-. El post-estructuralismo francés se presenta como el ala teórica de la serie de transformaciones técnicas e informáticas que se produjeron en los Estados Unidos en los años 50 y 60. No es casual la convergencia conceptual que la teoría francesa guarda con el desarrollo informático: elaboraciones teóricas como las de “intertextualidad” o “la red” para Barthes, o la preocupación por la genealogía y los archivos para Foucault, “la escritura” para Derrida, las topologías para Deleuze, todas esas elaboraciones teóricas hoy pueden, retrospectivamente, ser comprendidos de una manera más cabal si se las lee en relación con desarrollos como los de la computación. El siglo de Barthes, Foucault, Derrida, Deleuze ha sido también el siglo de la destrucción. Habría que pensar en qué medida «una red» no es la imagen de un despliegue militar o, incluso, la imagen de dispersión que se genera luego de la detonación de una bomba de racimos. No se puede hacer una historia de los archivos sin una historia de su correlato: la historia de las ruinas. En un tiempo tan sensible al problema del archivo como el nuestro, también en nuestro tiempo se suceden escenas de destrucción dramática: la destrucción de la Biblioteca Nacional de Irak en 2003, la destrucción de las tablillas sumerias. Y que derivó en un llamativo saqueo que, por supuesto, involucra como principal sospechosa a la misma nación en la que se fabricaron las bombas. No sería extraño tropezar dentro de algún tiempo con lo que se destruyó en Bagdad en colecciones y bibliotecas norteamericanas. A esa escalada de destrucción reciente se agrega la Biblioteca de Tombuctú, saqueada en abril de 2012. El debate en torno a los problemas de archivo sólo oculta la “desaparición” de manuscritos y piezas de arte analógicas. Fernando Báez, autor del libro *Nueva Historia Universal de la destrucción de libros. De las tablillas sumerias a la era digital* (2011) nos recuerda, sencillamente, que nos faltan todos los libros de los cínicos, los pirrónicos, los escépticos y los estoicos. Y que, de las 82 tragedias de Eurípides, sólo nos llegaron 18. El libro de Báez es sólo un resumen. Su lista completa, que se mantiene inédita, posee tres tomos de 2000 páginas cada uno. Es tal la cantidad de libros que nos faltan que sólo imaginar una mínima parte de ellos nos brinda ideas de la literatura y de la historia del pensamiento muy diferentes de las que tenemos. El fin de la historia no se ha consumado sencillamente porque la historia de la

destrucción todavía no ha acabado. Escribir es una forma de fabricar materia prima para los archivos. Y para la destrucción.

Bibliotecas/Archivos/Memoria

Si tuviéramos archivos, si en verdad tuviéramos archivos en la Argentina, probablemente entonces nuestros problemas con el archivo serían de otro orden. Biblioteca Nacional, Archivo General de la Nación, el Estado “distingue” entre Biblioteca y Archivo, parece casi una sutileza académica. Pero, como indica Horacio González, la distinción tiene motivaciones jurídicas, administrativas, laborales. Es una separación jurisdiccional más atenta a la edificación de un adentro y un afuera que a la elaboración conceptual de lo que ese adentro y ese afuera pueden o no implicar; más atenta a la edificación de límites que al diseño de políticas serias para nuestros archivos y bibliotecas. “La Biblioteca tiene cosas que deberían estar en el Archivo”, “el Archivo tiene cosas que la Biblioteca Nacional reclama”, comenta Horacio González en *Historia de la Biblioteca Nacional* (2010). Para el entonces Director de la Biblioteca Nacional los límites están superpuestos: “una institución tiene contradicciones de otra”. A partir de aquí podemos trazar un primer afuera: una institución es el afuera de otra. Ambas pergeñan un interior -el de la nación- que se contrapone a otros exteriores. La doxa contemporánea distingue entre el “Adentro” legítimo de la nación y un “Afuera” ilegítimo, constituido por los capitales imperiales que debilitan los caudales bibliográficos de la región hasta transformarlos en estiaje. Ese Exterior lo pergeñan bibliotecas y archivos que, afuera del país, detentan la posesión y la custodia de manuscritos y documentos pertenecientes a escritores nacionales y que, presumiblemente, deberían encontrarse en el país: el archivo de manuscritos de la sección latinoamericana de Firestone Library, la biblioteca de la Universidad de Princeton, por ejemplo. O la Public Library de New York, entre muchas otras.¹

Pulsión de muerte

Para Derrida -para Freud-, había una pulsión de muerte constitutiva de una fuerza presuntamente redentora pero a la vez profundamente negadora del archivo. ¿No habitaría en esta negación de

¹ Para una historia del Afuera. Tendríamos que remitirnos a Pedro De Ángelis, y a los orígenes de la bibliografía argentina. Al enfrentamiento entre el “archivismo” de De Ángelis y el discurso performativo de Echeverría, indiferente a cualquier tipo de archivismo, en el Salón Literario. O, incluso antes, deberíamos remitirnos a la historia de la Imprenta en América, la historia de los primeros impresos de la región, la historia de las primeras librerías y bibliotecas del país.

los archivos la misma fuerza genocida de los estados nacionales, no sería la naturaleza criminal y asesina de los estados nacionales la misma fuerza negadora de los archivos? Actas de juicio, actas de crímenes, escrituras, traspaso de títulos de tierra, decretos de necesidad y urgencia, órdenes de allanamiento ¿no son todas esas pruebas de crímenes, papeles de muerte? El Estado concibe al archivo como el lugar de asentamiento de sus actos. A confesión de parte relevo de pruebas. “El Archivo siempre trabaja contra sí mismo” -escribe Derrida-. El psicoanálisis, el marxismo, el anarquismo, el socialismo, la religiosidad, la antropología, la literatura, la fotografía, el cine, la historia, la documentografía, la bibliotecología, la crítica, la teoría literaria, la filología, la informática, la radio, la TV... todas las prácticas generan archivos. A cada práctica social le corresponde un tipo determinado de archivo, podríamos decir parafraseando una célebre definición de Bajtín para referir a los enunciados. Si el archivo está en el corazón de tantas prácticas, si el archivo habita en el corazón de tantas transmisiones, si sólo se puede concebir la transmisión y la réplica allí donde un archivo habla, donde un archivo es transferido, ¿dónde encontrar entonces ese trabajo contra sí mismo del archivo que describe Derrida? ¿En la desidia archivística? ¿En la ausencia de una “conciencia documental”? ¿En la asignación de bajos presupuestos para los archivos? ¿En la edificación de otra política de archivos? Si entendemos que la “desidia archivística” y la falta de una “conciencia documental” están entre las principales adversidades de nuestros archivos, al mismo tiempo no podemos dejar de ver en ellos la manifestación de un desdén semejante a aquel que embargaba a Macedonio cuando se jactaba de su indiferencia por la propia escritura.

Derrida también postula que en el psicoanálisis hay otra política de archivos. En Barcelona, en noviembre de 1975, podemos encontrar nosotros una escena que nos habla de esa otra política de archivos (Berenguer, 1991). En el “exilio”, en el estudio del pintor catalán Josep Guinovart, Oscar Masotta habla a un grupo de aprendices de psicoanálisis de “nuestra biblioteca”. Por entonces se trata de una biblioteca en la que no hay libros. Pero *el psicoanálisis no es nunca un saber sin consecuencias*. Sus alumnos se fueron encargando de que aquella biblioteca vacía se poblara de libros. En 1979, con la muerte de Masotta, Germán García asume la dirección de la Biblioteca Freudiana de Barcelona. La biblioteca continúa con su trabajo ininterrumpido: incorpora volúmenes, continúa sus cursos. En 1990 la Biblioteca Freudiana pasa a llamarse Biblioteca del Campo Freudiano y pasa a formar parte de la Sección Catalana de la Escuela

Europea de Psicoanálisis del Campo Freudiano y es miembro de la Federación Internacional de Bibliotecas. La Biblioteca se transforma en un cuerpo del ejército internacional de psicoanálisis. ¿De todo eso estaba hablando Masotta? ¿Cuál de todas las bibliotecas posibles es nuestra biblioteca real? Hablar de una biblioteca en la que todavía no hay libros, hablar de una biblioteca que todavía no existe. ¿Es esa una manera de fundarla?² Masotta tenía muchos ejemplares de un mismo libro, para que no se superpusieran sus subrayados. Si hasta se podría hablar de un libro que podría titularse “*La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud subrayada por Oscar Masotta”. ¿Dónde podría estar aquella obra-biblioteca ahora -aquella colección de subrayados masottianos-? ¿En Internet?

Muchas maneras de leer, muchos subrayados. A cada manera manera de leer le corresponde un tipo determinado de subrayado. ¿Subrayar no es una manera de fundar un archivo? Subrayar, transcribir, copiar, reescribir: en esos actos también se funda el archivo como género. El archivo es un género de “escribanos”. Así se comprende mejor la renuncia de Bartleby cuando enuncia el “preferiría no hacerlo”. Bartleby renuncia al archivo, se niega a participar de la maquinaria que lo hace posible, se niega a ser otro engranaje de ese dispositivo de captura que son las instituciones. Renuncia al archivo, pero sin embargo, se queda a vivir en él.

Derrida imagina entonces una disciplina transdisciplinar, “la archivología”, sumas parciales de todas las prácticas que trabajan con archivos. Concibe que en el psicoanálisis, en su trabajo con el discurso y la palabra, su trabajo con el corte entre palabra y discurso, pero sobre todo, en su trabajo con el punto y la memoria, es en esa labor donde se refugia el corazón agazapado de esa archivología que nos falta.

El archivo flotante de la era digital

Contra la idea del archivo como un yacimiento estatal, el advenimiento de internet y la digitalización trajo consigo lo que parecía que iba a ser una profunda discusión en torno a los

² Oscar Steimberg me obsequia, fotocopiados, los cuatro ejemplares de la revista *LENGUAjes* (Buenos Aires, 1974-1980). Textos de Eliseo Verón, Oscar Traversa, Juan Carlos Indart, el propio Steimberg. Hacia el final del número 4 hay una nota de agradecimiento por su enseñanza, por su pensamiento, firmada por todo el Comité Editorial: “Sobre Oscar Masotta”, que por entonces acaba de morir en Barcelona. César Mazza me obsequia, fotocopiado, el catálogo del “Primer Festival Argentino de Formas Contemporáneas” realizado entre el 15 y el 30 de octubre de 1965 en Córdoba. De allí data aquella famosa imagen de Masotta en un collage que lo hace aparecer como una araña, el que teje la red. Pero César Mazza repite el acto como un don. Él ha recibido el catálogo de Ana Waisman. ¿No se concentra en esos actos toda la fuerza que funda y fundamenta el archivo? Cfr. Mazza, César (2007). *Oscar Masotta en Córdoba*, Microscopía. En línea: Disponible en <http://microscopia2007.blogspot.com.ar/2007/03/oscar-masotta-en-crdoba.html?view=magazine> [Última consulta: 14/12/2015].

archivos en la Argentina. Detrás de la modernización y la tecnologización de los archivos, González veía el “neocolonialismo” de los actos de acopio. Veía, incluso, en el proyecto de Tarcus, “modelos derechizados” bajo “simuladas indumentarias de izquierda” (2010: 217). A la postre, los debates globales (que tanto competen a la cuestión archivos) disparados a raíz del Wikileaks, o el reciente caso promovido por el ex-espía de la CIA Edward Snowden, terminaron por darle a González, aunque parcialmente, una parte importante de la razón. Pese a ello, nada desdeñable es el proyecto del CeDInCi (del cual en sus orígenes también Horacio González y María Pia López formaron parte), espacio de refugio del encomiable proyecto archivístico de Horacio Tarcus.

Al tiempo que hay algo metafísico en los archivos, aparece asimismo una dimensión material: los archivos son efectivamente mensurables y ostensibles: cantidad de metros lineales de manuscritos, cantidad de metros cuadrados de superficie, toneladas de papel. Pero una vez comprobada la efectiva materialidad del archivo (los textos efectivos, la efectiva materialidad de los libros) emerge nuevamente el carácter temporario y fungible de los soportes, definitivamente de paso por este mundo. Las páginas guardan una secreta historia de amor con los ácaros y las polillas. Por si eso fuera poco, la inmaterialidad del archivo, su carácter imaginario y virtual, vuelve a aparecer en nuestro tiempo de la mano de una máquina que realiza la promesa del archivo, presentifica toda la dimensión del pasado en un eterno presente. “La prensa digital” y “los archivos analógicos” se vuelven cosas opuestas, irreductibles, al tiempo que se confiesan hijas de una misma esencia que encuentra en la cultura letrada una génesis común que, quizá no tan paradójicamente, hacia el final de su ciclo propone un horizonte post-humanista. La negación de la vida terrena de la cultura monástica y de las escuelas catedralicias que luego darían lugar al nacimiento de las primeras universidades, y el horizonte post-humanista que confiere a las máquinas el don de la memoria cancelando la posibilidad de una conciencia y una experiencia del pasado, son en el fondo, las manifestaciones de una misma matriz conservadora, profundamente reaccionaria, elitista, meritocrática, y todo ello sin mencionar el profundo carácter cómplice, genocida, que la cultura letrada guarda en su historia pletórica de estrechos vínculos con el poder. ¿Debemos entonces, una vez más, impugnar la desidia archivística del Estado? ¿No habría que celebrar esa desidia? ¿No hay allí, en la falta de una “conciencia documental” en nuestra cultura, una demostración de su vitalismo? Y pese a todo, una vez más,

la pregunta de Levi Strauss: ¿por qué amamos tanto a nuestros archivos? ¿Qué buscamos todavía en ellos? Los archivos, como la literatura o el sueño, son portadores de la promesa de algo nunca poseído. ¿Es esa pulsión de muerte la que nos empuja a ir hacia el archivo? ¿Es el archivo el territorio del BDSM de nuestra época (el lugar del bondage), el lugar donde esgrimimos nuestro propio aprisionamiento entre largas sesiones de lectura, toma de apuntes y producción de textos? Nada más parecido a una mazmorra que una biblioteca: con su oscuridad, con su ventana barroca y gótica. ¿Cómo pensar entonces el carácter revolucionario que Derrida le confería a los archivos? Si la literatura es el mal -como lo retrató Dante, como lo quería Baudelaire, como nos enseña Silvio Astier-, habría que tratar de pensar de qué modo acometemos la consumación de ese mal en la biblioteca. De qué modo la literatura y el mal suceden silenciosamente en el archivo. Ningún lugar podría ser tan íntimo y a la vez tan propicio para un diálogo que venciera las barreras del tiempo. Refugio, lugar de edificación de una libertad aunque más no sea paradójica, lugar de enclaustramiento y de cultivo del mundo interior. Lugar donde los oprimidos de la historia son convocados, los derrotados vuelven a marchar, las revoluciones vencidas triunfan. Ningún lugar más paradójico que el de los archivos.

Bibliografía:

Berenguer, Enric (2008) [1991]. "Presentación", en Masotta, Oscar. *Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan*, Buenos Aires, Paidós.

Deleuze, Gilles (2005) [1986]. *Foucault*, Buenos Aires, Paidós.

Derrida, Jacques (1997) [1995]. *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*, Valladolid, Trotta.

González, Horacio (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.

Mazza, César (2007). "Oscar Masotta en Córdoba", *Microscopía*. Disponible on-line:

<http://microscopia2007.blogspot.com.ar/2007/03/oscar-masotta-en-crdoba.html?view=magazine> [Última consulta: 14/12/2015].

Juan José Mendoza (SECRET-CONICET). Escritor. Investigador. Estudió Filología en Madrid, el Doctorado en Letras de la UBA. Ha sido Visiting Scholar de la Universidad de Pennsylvania. Es autor de los libros *Diario de un bebedor de petróleo* (2015), *Sin título. Técnica mixta* (2012), *Escrituras past_* (2011), *El canon digital* (2011). Ha sido curador de la edición facsimilar de la revista *Literal* (Biblioteca Nacional, 2011). Sitio web: www.tlatland.com.